

# MIRET MAGDALENA

## ¿DOS CARDENALES QUE SE ENFRENTAN?

En la Prensa española y extranjera han coincidido las fechas de publicación de las declaraciones sensacionales de dos Cardenales de la Iglesia católica: la una hecha en la revista *Informations Catholiques Internationales*, y la otra a *Studi Cattolici*.

Han sido la del antiguo amigo de Montini, y apóstol de la Legión de María, Cardenal Arzobispo de Malinas y Bruselas, Monseñor Suenens, y la del teólogo jesuita, recién nombrado Cardenal por Pablo VI, Jean Daniélou.

Uno y otro son dos grandes figuras del catolicismo contemporáneo, y ambos todavía están en la flor de la madurez, llenos de actividad.

Pero —y esto es lo interesante— han adoptado posturas muy diferentes sobre el momento actual de la Iglesia y sobre los problemas religiosos que nos preocupan.

Una vez más el catolicismo se caracteriza, en nuestra época, por su pluralismo, por la diversidad de juicios acerca de los peligros de nuestro tiempo; sobre las ideas culturales que mejor deben expresar el mensaje evangélico, sobre las actitudes religiosas que deben adoptarse y sobre el futuro de la Iglesia.

Sin embargo, lo que parece lamentable es que algunos, con exceso de simplismo, clasifiquen tajantemente al uno y al otro, adscribiéndolos a un grupo, o, al contrario, al ponerles los marchamos, hoy de moda, de progresista o de conservador. Al uno —al Cardenal Suenens— se le encuadra, sin más, entre los progresivos, y al otro —a Daniélou— entre los tradicionales. Y al hacerlo se quedan tan satisfechos estos comentaristas superficiales.

Pero Suenens, el «progresista», es y ha sido —para dar así un rotundo mentís a sus críticos— un hombre moderado en ideas y equilibrado en sus actitudes. Y Daniélou, el «conservador», lo pasó bastante mal en tiempo de Pío XII, cuando publicó este Papa la encíclica condenatoria de las nuevas corrientes teológicas de entonces, llamada *Humani Generis*.

Recuerdo, durante el Concilio, la autorizada palabra del teólogo ecumenista Monseñor Moeller, actual subsecretario del ex Santo Oficio, quien me confesó que su Arzobispo —Suenens— era un realista, pero no un avanzado. Y, sin embargo —por realismo convenido—, no tiene inconveniente en tener convenientemente posturas que parecen, y lo son, de avance.

En 1958 —por otro lado— se tradujo al castellano —con autorización de Daniélou— su obra sobre el discutido pensador cristiano Orígenes, por quien tanta inclinación ha tenido siempre este jesuita, hoy Cardenal, y a quien ha admirado, a pesar de sus ideas teológicas tan discutidas y hasta condenadas por varios Concilios.

De este profundo escritor del siglo III decía Daniélou: «Es el primer pensador cristiano que ha apurado el esfuerzo de la inteligencia hasta límites extremos en la investigación de los misterios» (J. Daniélou, S. J., *Orígenes*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires.) Y no se arredró ante las difíciles y delicadas incursiones intelectuales de su maestro de hace diecisiete siglos, llegando a justificarlo diciendo: «Excedió esos límites varias veces, pero tal vez ello fue necesario para que éstos pudieran ser exactamente establecidos, y, en una época en que las fronteras no estaban aún determinadas, procuró saber hasta dónde podía llegar el espíritu. Eso es lo que constituye la extraordinaria grandeza de su intento» (ídem).

Por eso, quienes fácilmente quieren llevar a Daniélou el agua a su molino conservador debían recordar esta comprensiva postura intelectual, que nunca ha desmentido posteriormente.

Tampoco es Daniélou —como he oído a algún conservador— un enemigo empedernido de la libertad religiosa. Porque en una de sus obras más discutidas, publicada en 1965 —*La oración, problema político*—, llega a decir: «La plena libertad religiosa debe ser reconocida por los Estados de manera positiva, porque es de derecho natural».

Y, poco después, hablando de las nuevas manifestaciones proféticas —en el buen sentido de la palabra— de tantos laicos y sacerdotes que se sienten Iglesia activa y quieren ser responsables de su porvenir, dice: «Tenemos necesidad de un cierto profetismo». Y no se asusta, por eso mismo, de defender a su compañero Teilhard —tan suspecto en tiempo de Pío XII— afirmando que «es importante que haya testimonios como los de Teilhard de Chardin y La Pira, hombres que superan los estrechos muros en los que pretendemos encerrar los problemas humanos y que osan abordarlos en toda su amplitud».

Que él tiene inclinación a defender ciertas posturas conservadoras, propias de un catolicismo sociológico o de una teología deudora de fórmulas anticuadas, es cierto. Pero esa defensa la hace sin demérito de la libertad religiosa y de la libertad de investigación, y jamás propugna la cerrazón intelectual, que es patrimonio de muchos conservadores, que se pararon para siempre en la defectuosa postura religiosa propia del estrecho siglo XIX. Es enemigo acérrimo —por eso mismo— del «Dios-gendarme», que parece el equivocado ideal de muchos creyentes bien intencionados, pero mal orientados.

Lo que acaba de decir el «flamante» Cardenal Daniélou —criticado por la Curia al haberse presentado en las reuniones vaticanas, siendo ya Cardenal, de *clergyman*— es que aquello que va contra «la sustancia de la fe» —no lo que va contra lo que exigen como si fuese de fe los conservadores— la Iglesia lo debe reprobar de palabra, pero sin que esto coarte la investigación ni suponga una represión coactiva.

Que haya criticado en sus declaraciones a la excelente revista teológica *Concilium*, que tiene entre sus redactores a los mejores teólogos católicos, no significa nada más que la libertad que tiene Daniélou para expresar una opinión suya discutible y que no ha pretendido obligar a nadie a aceptarla.

Suenens, por su lado, ha escandalizado a algunos por haber hecho una crítica abierta de la Curia romana. Pero no ha llegado, con sus palabras, a lo que hombres como los Cardenales Liénart, Fringe o el Patriarca oriental Máximos IV, dijeron en plena aula conciliar hace cuatro años. Ni al duro discurso contra los excesos de la Curia que pronunció el Papa Montini en aquella ocasión, dando, con ello, la razón a esos grandes Cardenales del Concilio.

O se han rasgado las vestiduras los asustadizos al haber defendido Suenens ciertos aspectos de la juventud occidental «contestadora», como lo hizo también Pablo VI hace pocos meses en un discurso bien significativo pero que apenas tuvo comentario. Comprender el sentido profundo y real de este llamamiento de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, aunque sea hecho con el estilo de los años jóvenes, no significa que acepte Suenens todas sus manifestaciones, como tampoco lo hizo Pablo VI. Pero sí que las comprenda.

Querer —por otro lado— que el Papa sea elegido más representativamente no es nada nuevo, ni que se haga con ello tambalear los cimientos de la Iglesia, como falsamente opinan algunos, sino querer volver al sentido —puesto al día— de la elección popular que se hacía en otros siglos más cercanos al primitivo cristianismo.

Criticar —como otras grandes figuras del Concilio hicieron— el papel casi únicamente diplomático de los nuncios, no supone despreciar a las personas que hoy encarnan esta función. Y es aceptable —contra lo que algunos piensan— que se pueda opinar que debía cambiar profundamente esta función para acercarse más a la sencillez del Evangelio, o incluso se podría pensar —como se dijo en el Concilio— que debían desaparecer en el futuro como tales. Cree Suenens que ahora preferentemente «establecen el diálogo con Roma a nivel de los poderes políticos, y no es suficientemente escuchada la voz de los pobres».

Talantes diferentes entre estos dos Cardenales, sí. Pero no tengamos miedo en aceptar la legítima pluralidad de posturas religiosas, como vemos que ocurre en ellos, aunque no estén tan alejados entre sí como algunos han dicho y aunque personalmente nos inclinemos —como yo— por Suenens y no por Daniélou.